

La Voz de Dalías

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

AÑO I NÚM. 7

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CORTES, 4

Dalías 5 de Diciembre de 1928

RATIFICÁNDONOS

Por la nota aclaratoria que aparece en otro lugar de este número, verán nuestros lectores que la gacetilla que salió a luz en el anterior, intitulada "Una explicación y una advertencia", reflejaba solo la opinión personal de su autor, nuestro colaborador Don A. A.; y si no resultó autorizada con su firma, fué debido a una distracción sufrida en los talleres donde este periódico se confecciona.

Con el fin de esclarecer las dudas que la aludida gacetilla suscitara en no pocos electores, acerca de la discrepancia de criterio que sustentaba esta publicación en cuanto al edificio de la futura Escuela graduada, hacemos constar que nosotros nos ratificamos en la tesis sostenida en el editorial anterior; sin que las cuartillas del señor A. A. hayan influido, en un ápice, para modificar nuestro criterio, que es hijo de la convicción más absoluta.

SIN MALICIA

Calamidad más grande que la que sostiene en su cúspide el catite adosado al Ayuntamiento en su parte anterior conforme se viene de la Mojonera, no es posible encontrarla. Destinado a medir los más importantes de la vida, el tiem-

po, está el pobre tan cansado que nunca completa la hora; y como sucede que «a perro flaco...» Aparte de que el viento le combate alternando el funcionamiento de sus agujas, parece que el encargado de las campanas de la Iglesia la ha tomado con él, pues rara es la vez que en las horas de la mañana, (inadvertidamente seguro), no hace coincidir sus toques y repiques con las horas del pobre reloj. Pues no digo nada en días de funeral. ¡Aquí que *doblan* más que en una fábrica de papell

El Ayuntamiento, con más bue-

na fé que acierto, tomando ese pínaculo por pino o ciprés, amontona en su base toda clase de abonos, sin resultado alguno, como es natural.

En mi concepto, lo que se debía de hacer es lo que con toda persona, animal o máquina que por demasiada edad, o uso, se muestra cansada, quitarle carga, que en este caso, podrá ser que, alguien en el Ayuntamiento diese los cuartos, y así él podrá completar las horas.

Creo yo.

BERNARDO RUBIO

RECONCILIACIÓN

María Piedad y Angel José, se querían con toda la fuerza de sus almas.

Era María Piedad casi una niña, pues solo contaba quince abriles, de carácter alegre y de un fondo bueno y angelical. Angel José, iría ya en los veintiún años, era de los que sin ser elegantes, tienen cierto porte de distinción; aunque su carácter alegre lo ocultaba, era un romántico de pura cepa. En fin una pareja ideal. Pero he aquí, que ambos tenían bastante arraigado un defecto, de los que en poca dosis son hasta convenientes, pero en mucha funestos; eran orgullosillos a más no poder. Así es que un disgusto trivial, un disgusto de esos que son el pan nuestro de cada día entre los enamorados, vino a empañar el cristal con que veían su felicidad. Por más que intervinieron los amigos de ambos, para ver si lograban reanudar las relaciones que antes unía a la enamorada pareja, todo fué inútil. El orgullo podía más que el cariño y

ninguno de los dos quería decidir.

Entre los jóvenes de esa época, distinguíase, por su carácter caprichoso, Jorge Ríos, muchacho rico y mal educado y acostumbrado desde su infancia a satisfacer cualquier capricho que su extraviada mente concibiera.

Aunque con poca suerte, pues incontables eran los desprecios que de ella recibió, Jorge Ríos andaba siempre tras lograr el amor de María Piedad, y este obstáculo, único insalvable en su vida, hizo que su pasión aumentara hasta el extremo de concebir adueñarse por la fuerza, del amor que ni las súplicas ni los ruegos pudieron conseguir.

Había cerrado la noche. De vuelta del Santo Templo, regresaba a su casa María Piedad, con andar lento (iría quizá añorando los tiempos en que su idilio con Angel José la hicieron venturosa), cuando